

SANTIAGO MONTSERRAT

EL HUMANISMO MILITANTE
DE
SAUL TABORDA



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL
INSTITUTO SOCIAL
PUBLICACIÓN DE "EXTENSIÓN UNIVERSITARIA" N° 86
SANTA FE — 1956

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

INSTITUTO SOCIAL

Presidente:

Dr. JOSÉ MARÍA M. FERNÁNDEZ

Delegado Interventor y Director del Departamento de Enseñanza

Dña. ANGELA ROMERA VERA

Director Interino del Departamento de Acción Cultural (Santa Fe)

A. JULIO CÉSAR CAPPARELLI

Director Interino del Departamento de Acción Cultural (Rosario)

OLGA COSSETTINI

Secretario

Eduardo Venghi

El Instituto Social no es ajeno a la tarea de recuperación moral e intelectual en que se encuentra empeñada la Universidad Nacional del Litoral.

Muchos son los problemas y largo será el camino. Nos guía un noble propósito: llevar la cultura universitaria al Pueblo del que todos procedemos y al que todo debemos. Para lograr nuestro fin será necesario transformar algunos Departamentos y Secciones, y hasta es posible que debamos desprendernos de aquéllos que no responden a la finalidad del Instituto. Todo se hará de acuerdo con el propósito señalado y él justificará nuestros aciertos y nuestros errores.

Dirección Postal: INSTITUTO SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL, CALLE 1º DE MAYO 3541. SANTA FE. ARGENTINA.

EL HUMANISMO MILITANTE DE SAUL TABORDA

INSTITUTO SOCIAL
PUBLICACIÓN DE "EXTENSIÓN UNIVERSITARIA" Nº 86

EL HUMANISMO MILITANTE
DE
SAUL TABORDA

POR

SANTIAGO MONTSERRAT

*

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL
SANTA FE — 1956

Siempre he pensado, y me afirmo cada vez más en esta idea, que el hombre sólo se perfecciona en la acción; que el conocimiento apenas si constituye la satisfacción de una necesidad primordial del hombre: la de *explicar el mundo y adjudicar un sentido a la existencia*, con lo cual se alcanza una verdad absoluta, incondicionada, que le sirve de apoyo y le permite sostenerse en el universo; finalmente, he pensado también, pero no sé ya si este pensamiento me pertenece, que toda verdadera filosofía halla su prueba ultimísima en la conducta misma del filósofo. Por eso hubiera deseado escribir sobre Saúl Taborda no como pensador, sino como hombre. Pues descubro en su vida, en su acción, en su conducta, casi diría en su condición humana misma, las claves esenciales que permiten comprender cabalmente su doctrina y el valor que esta doctrina ostenta en el ámbito de los problemas nacionales y de la cultura hispanoamericana. Más aún: descubro en el ejemplo de su inteligencia militante las notas capitales que definen al hombre y al pensador dentro de la realidad de nuestro país y de Hispanoamérica. Pero Taborda no es todavía muy conocido como pensador, y de su obra se han dado interpretaciones peregrinas que no llegan al meollo de su significado fundamental, o la desnaturalizan, porque no tocan, precisamente, su fondo esencial. Por eso mismo, conviene insistir sobre el aspecto intelectual de la personalidad de Saúl Taborda y detenerse en el examen de algunos de sus rasgos más valiosos.

Cada pensador auténtico de Argentina y de la América española toda, recuerda aquella vigorosa y dramática metáfora de Sarmiento con la que él mismo se autodefinía, defi-

niendo, de paso, la relación existente entre el intelectual y la realidad del mundo hispanoamericano: "...en mi vida tan destituída, tan contrariada, y sin embargo tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble, me parece ver retratarse esta pobre América del Sud, agitándose en su nada, haciendo esfuerzos supremos por desplegar las alas, y lacerándose a cada tentativa contra los hierros de la jaula que la retiene encadenada". La imagen de Sarmiento es de una sorprendente exactitud. Yo también veo, como lo ven ustedes sin duda, retratarse en cada uno de los pensadores y políticos que han contribuido con originalidad, denuedo y heroísmo a la formación y enriquecimiento de las culturas nacionales en esta porción del continente, el formidable canavá en que se expresa la vida todavía oscura e inarticulada de nuestros pueblos y de nuestras instituciones. Aquí, y no en otra parte, reside en mi concepto el compromiso permanente del intelectual criollo con la realidad cultural circundante. Aquí, y no en otra parte, subyace el hilo conductor que habrá de elevarnos hasta la conquista plena de nuestra propia expresión. Aquí, y no en otra parte, encuentra su lugar adecuado el mensaje espiritual que Saúl Taborda legó a las nuevas generaciones argentinas dispuestas a afrontar, con enérgico ánimo civil y resuelta voluntad constructiva, las faenas que propone con urgencia el destino de la nacionalidad.

Saúl Taborda fué un pensador de verdad. De ahí que entre nosotros apenas se le conoce, o no se le conoce de ningún modo. Es ésta otra de las formas que asume en nuestro país la institución del destierro, o la profesión de desterrado, a las que se arriba siempre por obra de cualquiera de los bandos en pugna.

Por su vida y por su obra, Saúl Taborda se hace acreedor al título que cuadra a los pensadores de verdad. Ningún problema traído por su tiempo, ninguna cuestión atinente a la realidad del país fueron ajenos a su robusta conciencia de in-

telectual responsable. En estas latitudes, donde el puro hombre de las ideas resulta incompatible con una existencia humana, cultural, política y social que reclama, como la tarea más urgente y decisiva, el esfuerzo encaminado a la busca de la propia expresión y de los medios adecuados conducentes a la organización estable de los cuerpos nacionales, Taborda cumplió un papel ponderable en la doble faz del pensamiento y de la acción. Su vida se enlaza, así, a las mejores tradiciones del país, esto es, con aquellas direcciones concretas de nuestro desarrollo histórico en que reposan los valores positivos de la nacionalidad. Entendió —y abrazó esta convicción como un credo insobornable— que la mera especulación intelectual, abstracta, carece de significado primacial entre nosotros; que necesitamos un pensamiento fértil —y fertilizante— en sus consecuencias últimas; un pensamiento unido enérgicamente al fondo histórico, real, de la sociedad argentina. Fiel a estos principios rectores, su saber adopta el perfil de un humanismo creador y militante —casi diríamos una beligerancia henchida de amor— puesto al servicio de los más altos valores del hombre. En él —en la honda y luminosa inspiración de este humanismo— hallan eco y respuesta todos los problemas que prepone al investigador el presente histórico argentino, en relación intensísima con los problemas y preocupaciones que inquietan al mundo en esta hora de crisis. Por eso mismo, podemos afirmar sin vacilaciones que la vida y la obra de Saúl Taborda constituyen un testimonio de su pueblo y de su tiempo.

Taborda fué un temperamento socrático. Todo él, como un conjunto armonioso de virtudes —de ejemplares virtudes—, se daba en el diálogo comprensivo, creador. Desde los hondos de su ser, sentía, como Antonio Machado, que la verdad se engendra en el diálogo. Es en este nivel egregio —en el del trato humano sostenido por el anhelo espiritual de averiguar comprensivamente el alma de sus semejantes— donde Tabor-

da se realizaba ilimitadamente, donde su elevado magisterio, su auténtica vocación de maestro, adquiría notoria relevancia. De aquí que su pensamiento y su vida estuviesen penetrados por un entrañable, acendrado y finísimo sentido de la *praxis*, de esa *praxis* formadora de hombres y de caracteres en la que se enciende la voluntad de una sabiduría activa, extremadamente comprometida con lo humano, y cuyos afanes sólo encuentran el sosiego y un libre despliegue en las formas vivas de la educación. Entregado de lleno al caudaloso humanismo que fluía de las íntimas vertientes de su personalidad, la actitud que presidió todos los actos de su vida debía resolverse, y se resolvió, en una teoría de la formación del hombre, cuyo postrer sentido estaba suscitado por el valor que encierran estas admirables palabras de Spranger: "Se enseña más por la influencia de un hombre que por las instituciones", y por el pensamiento de Kant: la educación es el "problema más grande y difícil que puede ser propuesto al hombre". El rasgo primordial, ingénito, del carácter de Taborda reconocía una ascendencia senquista. Poseedor del señorío incomparable que este rasgo le otorgaba, supo medirlo todo con ese metro que se llama *el hombre*.

Por lo que concierne a la ubicación filosófica de Saúl Taborda, su sitio preciso está en el elenco de pensadores identificados con un nuevo momento ascensional de las ideas en nuestro país y en Iberoamérica, cuyo instante inicial se liga a los nombres de Varona, Hostos, Korn, Vaz Ferreira, Deus-tua, Caso, Molina, que vienen a ser algo así como "la generación insigne de los fundadores". Este nuevo momento ascensional de las ideas es el que hizo de la filosofía una tarea específica y autónoma, llamada a plantear y resolver con innegable autenticidad americana y universal, aparte de los problemas estrictamente filosóficos, las grandes cuestiones que subyacen en la vida y la cultura de América; problemas y

cuestiones que habían estado circunscritos al ámbito de los 'estudios de índole literaria e histórica', como lo ha hecho notar muy bien Francisco Romero. He aquí, en mi sentir, una de las notas tipificantes del saber filosófico entre nosotros, en cuanto este saber adviene como una faena nueva de la inteligencia, destinada a cumplir un rol, quizá el más importante, en el desarrollo histórico de las ideas y de la vida de los pueblos americanos. Pues hay problemas en América que exigen, a virtud de su peculiar estructura y de su permanente significación, el punto de vista filosófico a los fines de su planteo riguroso: un punto de vista que sólo puede dar la filosofía.

Quiero insistir sobre este punto. El despertar de la conciencia filosófica en Hispanoamérica, seguido de un crecimiento rápido y sorprendente —testimonio irrecusable de una vocación legítima y de una necesidad más legítima todavía—, ha desempeñado ya, y está llamado a desempeñar en el porvenir, una función de altísimo significado histórico y cultural como expresión de un sentido de profundidad que había faltado hasta ahora en la actividad espiritual de los pueblos que forman esta parte del continente. Ante todo, importa ganar un enfoque de rigor decisivo en torno a viejas cuestiones que siempre han estimulado nuestro interés científico y estético. Importa, también —y este hecho ostenta ya el rango eminente que le confiere la apertura de perspectivas inéditas para un considerable despliegue del saber en hondura y extensión—, el descubrimiento y planteamiento de cuestiones nuevas, que esperaban justamente para su consideración exhaustiva el auxilio del punto de vista filosófico.

El nombre de Saúl Taborda queda, de este modo, vinculado para siempre a la experiencia ya consuada entre nosotros por el avance casi súbito de la filosofía y la ciencia en estos últimos treinta años; avance que se observa no sólo en el terreno del saber estricto, sino también en otros territorios de

la realidad: en lo social, en lo político, en lo económico, en lo específicamente cultural, como si con este hecho quisiera el espíritu argentino e hispanoamericano hacer patente su insobornable fidelidad a esa gran tradición que preside el desenvolvimiento histórico de sus ideas y que se expresa como un compromiso de la inteligencia frente al mundo circundante y de manera muy singular frente al porvenir del hombre.

De las dos corrientes que dentro de la filosofía y, en general, dentro del pensamiento, se manifiestan decididamente antipositivistas, una de ellas representa la superación orgánica, científica y progresista del Positivismo, conforme a las exigencias del espíritu contemporáneo, en tanto que la otra es tendenciosa y persigue la restauración de envejecidas formas del pensamiento incompatibles con el presente. El ideario de Taborda pertenece por entero a la primera dirección, aun cuando contiene algunas dimensiones que lo encaminan hacia una valoración positiva de ciertos modos de vida y de pensamiento de la Edad Media. Esto es debido a la circunstancia de que Taborda se mueve espiritualmente dentro del sentido histórico de Occidente y entiende afirmar la continuidad de tal sentido como una permanencia de lo ecuménico, como una permanencia de la unidad armónica de todas las potencias del ser —del ser individual y del ser colectivo o social—; como la permanencia, en fin, de un cosmos de valores teleológicamente calculados, aunque de modo immanente, para servir al hombre y la comunidad. De ahí que a cada paso Taborda reclame, como fundamento último de todo orden de vida y de cultura, un sistema de fines inseparablemente unido a la formación humana y a la estructura del Estado, sobre la base de una libre dialéctica de los ideales. Este punto de vista, que hace referencia al sentido ecuménico que tuvo vigencia concreta en la *polis* antigua y en la Edad Media europea, parece verificarse hoy en la experiencia, pues todo indica que la humanidad —la humanidad occidental, por lo menos— se apres-

ta a entrar en una forma ecuménica de vida —con sus correlatos materiales de tecnificación, de planificación, de coordinación científica del trabajo, la producción y la distribución—, como reacción superadora de la etapa anterior, que fué una etapa individualista y de dispersión de las fuerzas.

El positivismo doctrinario, y todo él importado por añañidura, no se avenía con el carácter ni con la formación intelectual de Taborda. Para el positivismo, el hecho y la ley que lo gobierna constituyen la realidad verdadera, última. Olvida, empero, que esta realidad absoluta bien puede ser el espíritu, el valor, la vida o la existencia humana como voluntad práctica (Marx), como subjetividad (Sartre), o, simplemente, como realidad humana (Heidegger). Esta ceguera para los más altos valores del hombre es lo que Taborda reprocha, precisamente, al Positivismo. Su amor por la ciencia, que la concepción positivista y las corrientes afines habían elevado a la categoría de dogma, no le impide ir más allá de sus conclusiones, siempre limitadas, relativas. El ideario de Taborda reposa, por el contrario, en elementos armónicos que se alimentan de la filosofía de la vida, de las ciencias histórico-culturales, de la axiología, de la filosofía de la cultura, de la filosofía de la persona, de la estructura espiritualista del genio nativo y del alma castellano-lusitana y de un voluntarismo místico-metafísico cuya realización histórica en formas apropiadas, adecuadas a su impulso interno —la voluntad lleva consigo, de manera inmanente, la ley de sus formas—, está determinada, en gran parte, por las condiciones materiales de la existencia.

Hay en Taborda una actitud fundamental que le lleva a tomar una posición sin reservas frente a la crisis histórica de nuestros días, acerca de cuyo enorme significado para el futuro inmediato de la humanidad Taborda tuvo conceptos clarividentes y hasta intuiciones proféticas. En el centro de sus

preocupaciones intelectuales ocupa un lugar preponderante la crisis contemporánea, crisis total, crisis que abarca todos los dominios de la vida: una crisis de la economía, de la civilidad y de la cultura; una crisis que refleja, por un lado, el agotamiento de una determinada concepción del mundo y, por otro, el tránsito ineluctable de una forma de vida a otra que se vislumbra ya en la mañana de un nuevo mundo puesto bajo la advocación de felices esperanzas. Llevado por la dirección idealista y, en buena parte, romántica de su pensamiento, Taborda concibe la forma de vida que sube como un orden armónico de las fuerzas y de los bienes, dotado de un sentido ecuménico, el mismo que naufraga con la aparición de los Estados nacionales modernos desprendidos del ecúmeno medieval, Estados que resisten los esfuerzos de Fichte para imbuirles el espíritu de totalidad —que está en la base de la historicidad de Occidente— y cuya estructura sirve únicamente los designios de la soberanía absoluta y los más fuertes de un capitalismo voraz, que acaba por convertir al Estado en un mero instrumento de su voluntad expansiva y dominadora. La concibe, asimismo, en el terreno del hombre, como una plena afirmación de la personalidad humana; en el terreno de la economía, como una organización del trabajo y la riqueza que responda al sistema de fines calculados para servir los intereses del común; en el terreno político, como una viva relación de la persona y del Estado —no como una separación hostil—, la que sólo será posible en el seno de un *comunalismo federalista*.

A Taborda le obsesionan dos ideas sustantivas dentro de su concepción filosófica: la idea del *hombre total* y la idea de lo *ecuménico* o *sentido de totalidad* de la existencia humana. El hombre total, como expresión de un tipo humano concreto, representa la unidad viviente y armoniosa de todas las potencias del ser individual: el hombre con la plenitud de sus dimensiones. La idea de lo ecuménico, como expresión de un sentido

concreto de la vida, se asienta en un orden que reúne en sí todas las energías y funciones del ser social y las coordina de acuerdo con las exigencias de un cosmos de valores, percibido y querido desde el fondo mismo del pueblo.

Digamos, por ahora, que la crisis histórica contemporánea constituye, para Taborda, la crisis de una forma de vida carente de ideales universales y, por eso, carente del sentido de totalidad. Sin embargo, vista por otro extremo, la crisis del presente es el intento de recuperación del perdido sentido de totalidad y con ello el intento de retornar a antiguas formas universales de vida, no por sus contenidos sino por su significación de universalidad. Haciendo jugar dialécticamente estas categorías históricas, Taborda arriba a la conclusión de que el proceso revolucionario de nuestro tiempo hace patente la insurrección del hombre contra el orden capitalista que lo había anulado y negado. De esta manera, la recuperación del sentido de totalidad y la revolución social se identifican, y semejante coyuntura permite a Taborda hacer esta sorprendente afirmación: la crisis contemporánea es promovida por el hombre en su dimensión *precapitalista*, o sea la dimensión humana y social que es propia del hombre en una situación histórica anterior al capitalismo.

De las reflexiones de Taborda fluye un aliento ético y el soplo de un neocristianismo —al que no sería ajeno, según Taborda, la misma Rusia soviética—. Fluye, también, la convicción de que el hombre precapitalista es el hombre total: el hombre como libertad y, a la vez, condicionado por todos los valores —no sólo los económicos—, y por las circunstancias materiales de su existencia. Taborda aclara su imagen en términos precisos: “Todo cuanto hemos dicho hasta aquí, escribe, devela los perfiles de un hombre precapitalista y el fervor revolucionario troquelado en la larga y dolorosa actitud insurreccionada contra el régimen vigorante no es otra cosa que la reacción de ese hombre precapitalista para librarse de las

condiciones que lo niegan y anulan. Estaba ahí, añade, antes que el racionalismo marxista formulase su crítica del capitalismo. Estaba ahí con su ideal de justicia, eterno, como el ideal de justicia. Estaba en la propia Edad Media, insertado vivamente en un orden en el cual los artesanos y los compañeros estuvieron reconocidos como miembros de una comunidad presidida por una tabla de valores que realizó su justicia hasta el día en que un sesgo histórico quebrantó aquella tabla y el sentimiento del derecho igual que le servía de norte". El hombre precapitalista salvará del naufragio el carácter unitario de la civilización, piensa Taborda; y, "gracias a ese sentido, la industria y el trabajo y el comercio y la técnica podrán entrar, alguna vez, en un sistema de fines adecuado para realizar el destino del hombre". Si el advenimiento del hombre precapitalista entraña, para Taborda, el "retorno a la socialización de la tierra y del fondo económico en general, al restablecimiento de la confianza entre el Estado y el hombre y a la unidad del derecho", ese retorno "viene cargado de contenidos muy diferentes de los que animaron las formas pasadas y les dieron carta de ciudadanía en la historia". En última instancia, "aquellas formas conservan el prestigio de las cosas que llevaron en su seno la historicidad del hombre; pero nuestro presente necesita construir su arquitectura civil para hombres de hoy, para hombres enriquecidos con las experiencias de dos siglos de ensayos, de esperanzas y de derrotas que están indestructiblemente ligados a su destino, y no para hombres de un pasado irresucitable". En una palabra: Taborda cree que "el mundo contemporáneo prepara, en el momento crítico de la disolución de la cultura siglo XIX, los elementos llamados a integrar una nueva cultura. El hombre de hoy —subraya— puede tener mucho del hombre de la Edad Media, pero tiene más de la conciencia que ha ganado en la tragedia de su destino y que le ha creado ya, para siempre, la idea de su propia personalidad".

Apasionada y rigurosamente, casi diríamos con un acento más apasionado que riguroso, Taborda traslada estas reflexiones a los problemas de la vida nacional. Denuncia, como uno de nuestros males, el haber incorporado a la organización institucional de la nacionalidad, a nuestra tesitura político-jurídico-espiritual, los lineamientos del Estado moderno, de raíz pragmática y utilitaria, individualista, atomizador de todas las fuerzas y eficaz instrumento de las potencias económicas del capitalismo, que sólo procura la exaltación unilateral de las energías que benefician sus intereses. Semejante adopción, hecha sin un conocimiento claro de nuestra realidad y de nuestras necesidades esenciales, produjo dos consecuencias lamentables: por una parte, la disociación o, si se quiere, la disgregación de las energías nacionales, y con ello la pérdida del sentido de totalidad que las había presidido hasta entonces, como resplandece con rasgos definidores en la enfitensis rivadaviana; por otra, que el país perdiera, cada vez más, contacto consigo mismo, que se alejara, cada vez más, de su fondo nacional immanente, y que perdiese de vista, cada vez más, su índole ingénita. La adopción señalada representa, igualmente, en el pensar de Taborda, una frustración de la *voluntad de Mayo*, que, en cuanto hecho histórico, traduce la voluntad de ser inherente a la comunidad política argentina. “¿Necesitamos decir, interroga Taborda, que lo que constituye el fondo perviviente y esencial de la voluntad de Mayo es la autodeterminación de las comunidades existentes en la demarcación territorial llamada Argentina? ¿Necesitamos decir que la autodeterminación ínsita en aquella voluntad, nutrida, como todo fenómeno político, de amor y de fuerza, es un sentido universal de totalidad que identifica el destino del individuo con el destino de su grupo en un orden armónico de la cultura y de la historia? Sólo a condición de negar que en 1810 existiera ya una comunidad consciente de sí misma y de su destino —añade Taborda—, se puede desconocer la pre-

misa que antecede. Formada por núcleos constituídos y consolidados en una enorme superficie geográfica, separados por la distancia, propicia a la acentuación de características regionales, pero ligados por los lazos espirituales legados por Castilla, esa comunidad estaba estructurada y dispuesta como entidad para la historia y su evidente vocación política era el intercomunalismo federalista. Sobre esa estructura y esa vocación debimos afianzar la organización nacional. Sobre esas notas peculiares y distintivas debimos crear instituciones originales, expresivas de la idiosincrasia nativa. Pero fuerzas extrañas nos determinaron a proceder de otro modo, y, pagando tributo a las sugerencias alucinantes de la civilización europea surgida de la disolución del orden medieval, nos dimos a la tarea de casar apresuradamente doctrinas contradictorias para plasmar ese hibridismo invital y artificioso, hecho con el regalismo policial de Bodin, con la teocracia absolutista disfrazada de patriarcalismo hebreo de Bossuet y con la ideología contractualista de Rousseau, que se nos ha ofrecido como nuestro genuino y auténtico sistema constitucional”.

En torno a estas cuestiones, Taborda ha escrito muchas bellas páginas, en las que se reflejan su visión interna de la historia, su revisionismo positivo y lo que yo he denominado su liberalismo profundo, un liberalismo henchido de espíritu social. En una de ellas, Taborda nos dice que “América tuvo un día la intuición aguda de la nueva conciencia histórica (vale decir, de lo *facúndico*). Fué en su adolescencia, todavía no lejana. Su virgen mentalidad conjugada con ponderados valores de la cultura europea, superó a su progenitora en muchos y fundamentales aspectos, tanto en hermosura de concepción como en destreza ejecutiva... mediante una operación prodigiosa, en la que se combinó la doctrina con la necesidad inmediata y las perspectivas del porvenir, los hombres del nuevo mundo forjaron claros ideales políticos, científicos, jurídicos, artísticos, económicos y morales... Libres las manos

de trabas tradicionales y de prevenciones hereditarias, las repúblicas americanas llegaron a la vida autónoma en el amanecer risucño de una civilización que se anunció con signos felices y promisoros. Antes que flameara sobre las viejas sociedades la bandera roja de 1848, antes que el credo marxiano clarease los talleres y las fábricas, antes que las almas se inflamaran con las vehementes aspiraciones de humanidad, de justicia social y de mejoramiento proletario, la conciencia de América, trasponiendo los horizontes de la democracia parlamentaria, había medido con exactitud los transitorios e insuficientes recursos de la política liberal. En tanto que Camilo Torres disertaba sobre las ventajas del federalismo como base del gobierno propio, lo realizaban con una eficacia sorprendente, en las márgenes del Mississippi, los peregrinos del *May Flower*. Henry George corrigió a Stuart Mill, y Rivadavia, con el genio que presidió su legislación agraria, rectificó el derecho de la Roma cesárea. El derecho internacional recibió impulsos vigorosos del talento de Bello y se anunció, desde el comienzo, con la pujanza con que había de culminar en el fecundo principio del arbitraje, que asegura y aplica la equidad y la justicia por encima del absolutismo estadual. Y el genio disciplinado de Alberdi, profundizando las direcciones de los economistas ingleses y franceses, fundó la ciencia económica de las repúblicas americanas; y superando, con no igualada facultad comprensiva, el humanismo teológico de Suárez y el poderoso fondo ético de las concepciones de Grocio, planeó con mano maestra la sociedad de las naciones columbrando el advenimiento de los Estados Unidos de la Humanidad. Empero, la subsiguiente colonización del capitalismo invasor y de las ideologías extrañas a nuestro fondo esencial, malograron aquel comienzo, que entrañaba una original experiencia —nuestra original experiencia histórica—, pues vinieron a América “cuando las manifestaciones de su concien-

cia naciente no se habían concretado todavía como un ideal común y definitivo”.

Desde este punto de la meditación tabordiana, especie de forma nueva del positivismo vernáculo, de ese positivismo distinto del doctrinario y que patentiza un rasgo del carácter argentino como dirección mental y práctica, especialmente en el siglo XIX, llamado por Alejandro Korn “positivismo en acción” y que Francisco Romero ha calificado de “positivismo ambiental o difuso”, Taborda descubre una perspectiva histórica desde la cual se torna inteligible todo el sentido de la vida nacional. Aquí comienza a aflorar en su conciencia y en su obra de investigador lo *faciéndico* como teoría del hombre y del pueblo argentinos. Esta concepción se expresa en lo pedagógico como la formación de un tipo humano en la plenitud de su ser, en lo político como un orden institucional cuya base es el comunismo federalista y en lo estético como un arte y una literatura que sean la revelación última de los valores humanos y sociales del hombre argentino y de su coincidencia orgánica con los valores de la cultura universal.

Hombre de izquierda, Saúl Taborda figura entre los grupos liberales del país. Pero enjuicia al liberalismo, no para alejarse de él a instancias de una actitud reaccionaria, sino en oposición dialéctica con el ideario liberal, a fin de superarlo dentro de una continuidad histórica de filiación progresista. Porque, quizá, de lo que se trata en nuestro tiempo es de una superación dialéctica del liberalismo, sin renegar, por lo tanto, de ciertos principios esenciales del liberalismo, que se hallan, a su vez, en la base de la cultura occidental, y de modo muy especial en la forma de vida de la época moderna: los valores de la persona humana, de la libertad y de la justicia económica. Posiblemente lo que la crisis de nuestro tiempo reclama sea la socialización del individuo pero sin matar la personalidad. A este respecto, me parece que se com-

pletan armoniosamente las tesis de André Gide y André Malraux cuando dicen, respectivamente: "es preciso sacrificar en el hombre su individualismo extremo a fin de salvar en él su individualidad", "el individuo se opone a la comunidad, pero se nutre de ella". Este problema no sólo constituye hoy, como en todos los tiempos, la raíz y la causa del fenómeno político, sino también la raíz y la causa del destino del hombre.

Pues bien: Taborda comprende la caducidad del liberalismo, que se ha tornado superficial e incapaz de una acción y un pensamiento profundos, tal como lo exige la vida contemporánea, y de dar soluciones a las grandes cuestiones del presente. Rompe con el inventario de ideas elaboradas históricamente por el liberalismo nativo, pero conserva, dentro de una continuidad histórica bien entendida, el valor humano, revolucionario y progresista del liberalismo, al que añade la tónica senecquista o española del hombre de "carne y hueso". Trata de revitalizar esta flacencia, ahora agotada, en función de otra problemática y de otra visión más acorde con el presente y con una realidad hondamente transformada. Todo ello deriva, por lo demás, de la necesidad que siente Taborda de comunicar una pulsación más honda a la existencia y el pensamiento de la Argentina.

Esta necesidad que siente Taborda de comunicar un latido más hondo, más vibrante a la vida y el pensamiento argentino, va unida íntimamente a otra necesidad no menos perentoria: la de un planteamiento nuevo de los problemas fundamentales de la nacionalidad. Ante todo, Taborda admite el formidable cambio operado en el mundo actual. Este cambio es el punto de partida de sus meditaciones y de la acción ulterior a que pueden conducirle sus meditaciones. Entiende que este cambio debe ser también el punto de arranque inevitable de toda actitud agónica, el punto de partida del hombre que quiere participar activamente en el cambio para la dilucidación del proceso. El humanismo de Taborda, como se ve, no es un humanismo que se re-

suelve en instancias contemplativas; es un humanismo en acción, un humanismo proclive a la acción.

Estamos tocando ahora un problema de significado primordial: el de la relación del hombre con la realidad de su tiempo. Cuando una época histórica alcanza las pautas necesarias que aseguran su equilibrio interno y su desarrollo tranquilo; por no decir dichoso, entonces el problema no ofrece ninguna dificultad. Los hombres —o la mayoría de ellos— es casi seguro que adhieren o adherirán al fin de cuentas a la realidad que les ha tocado vivir, pues resulta evidente que aceptan sus bases espirituales y materiales en que la misma se asienta, por reputar esas bases como las más adecuadas y las que mejor aseguran la vida y el progreso. Pero en los períodos históricos de crisis, de tránsito de una situación a otra, o bien en los períodos en que el ritmo de la historia se vuelve catastrófico, para decirlo con palabras de Berdiaeff, o que se caracterizan por el advenimiento de una forma de vida nueva que no logra ajustar internamente las pautas para su equilibrio, su consolidación y su desenvolvimiento normal, es cuando la relación del hombre con la realidad de su tiempo asume la calidad de un conflicto, de un verdadero problema; cuando adquiere una tensión y vehemencia dramáticas. Es entonces cuando se dice que el hombre está obligado a adoptar una posición, una actitud inequívoca frente al proceso que lo envuelve y del que no puede sustraerse si es que obra con entera responsabilidad.

En las hipótesis últimamente señaladas, acaece un hecho nuevo al que conviene prestar la debida atención. El hecho consiste en que el hombre, en tales circunstancias, se ve obligado a hacer, por lo menos, dos cosas: a reconocer que se ha producido un cambio, y a plantearse de nuevo los problemas, tanto los nuevos como los viejos. Pero la necesidad de este planteamiento importa, todavía, otra exigencia: la de que el planteamiento se haga sobre bases igualmente nuevas y en con-

sonancia con el cambio sobrevenido. Quiero decir que no cabe la posibilidad de volverle las espaldas al cambio operado, ya sea para desestimarlo como un fenómeno transitorio, o para subrayar su efectividad como algo definitivo. En ambos casos se vive igualmente al margen de la realidad. Lo que corresponde es asumir una actitud resuelta, afirmativa o negativa, frente al cambio o frente a la tendencia dominante que parece presidirlo; entrar en polémica, en lucha con ellos, lo que equivale a considerar el cambio y la tendencia dominante de él como momentos constitutivos de una nueva realidad, de una realidad que está ahí, con nosotros o frente a nosotros, y de tal modo que nunca podemos hacer caso omiso de ella. Sin este presupuesto temporal de relación humana e histórica no hay posibilidad alguna de comprender una época y menos aún de entrar en tratos dialécticos con ella.

Saúl Taborda pertenece a esa stirpe de hombres que mantienen un diálogo vivo con su tiempo.

Las instancias rectoras del pensamiento político de Taborda —que recuerdan históricamente, si no por su contenido a lo menos por su inspiración crítica o *actitud de comprensión* de la realidad del país, las que azacanearon la prédica y la voluntad de los jóvenes de la *Asociación de Mayo*—, no podían avenirse con los principios de los partidos actuantes en la República, por lo mismo que esas instancias propugnaban un nuevo enfoque de la realidad nacional, sobre la base de una visión histórica más profunda —más original— y del reconocimiento de ciertos datos, ínsitos en la vida argentina, capaces por sí solos de traducir la fisonomía peculiar de la nacionalidad. Como doctrina política, su *comunismo federalista* está encaminado a relevar las notas que definen nuestra personalidad como pueblo y como nación y a echar las bases de una estructura institucional acorde con las exigencias materiales de la sociedad y la vocación histórica del genio nativo.

Taborda encuentra esas notas originales, henchidas de vida fresca y enérgica, en el fondo de nuestras tradiciones, decantadas y conservadas por el nomadismo voluntarista o voluntarismo nómada del conquistador a través de las *comunidades* argentinas, esto es, de los núcleos políticos y sociales en que se plasmó el sentido responsable de la persona frente al destino de la comunidad.

Taborda describe *lo político*, en cuanto fenómeno originario, como “una situación teñida de amor y de fuerza” y opone su concepción a la de Karl Schmitt, para quien el fenómeno político se resuelve en el dualismo amigo-enemigo, aparte de acentuar obstinadamente el término enemigo. Reconduce después el problema de *lo político* a su momento primario, esencial, tanto del punto de vista de la ciencia política como de la filosofía, para situarlo luego en su forma exterior más inmediata o, si se quiere, más “primitiva”. Ahora bien: una de las formas originarias de *lo político* —forma que nos pertenece por razones del linaje, de la historia y de nuestra propia constitución social e institucional—, es la *comuna*. La comuna es la expresión original concreta o la expresión concreta originaria del fenómeno político dentro de la sociabilidad argentina. Como forma inicial, elemental del hecho político, la comuna es anterior al Estado; y lo es, no sólo porque el Estado representa un desarrollo ulterior del hecho vivo de lo político y en un “momento determinado de la evolución social”, en que “separándose del hombre y de su condición se convierte en medio exterior a la sociedad”, sino porque constituye la forma institucional típica de la vida política de Occidente durante la época moderna. El Estado, entonces, no agota el fenómeno político, ni es tampoco su formulación más original. Podemos sostener, en cambio, que la comuna, como forma política exterior, es un acontecimiento *protopolítico*, en el que se dan, de manera espontánea y vigorosa, todos los

elementos que caracterizan permanentemente el fenómeno político.

Según se infiere de lo expuesto, los rasgos esenciales de la comuna son: su carácter político originario, la realización efectiva de la persona humana, ordenar una comunidad de hombres libres y corresponsables, poseer un sistema de fines y la voluntad histórica. “Lo propio de la comuna, subraya Taborda, en cuanto manifestación del fenómeno político, es su *voluntad histórica*. Por *voluntad histórica*, agrega, entendemos aquí la dirección ideal que asume un pueblo decidido y resuelto a cumplir su destino y el sistema de fines que propugna para ello y que, por constituir su tarea y su empresa, tiñe con una nota peculiar los hechos relevantes que, en la sucesión de los tiempos, constituyen su memoria”.

En este punto, que es el punto en que Taborda inicia la relevación de lo *facundico* y de la *etnopolítica* o ciencia de la actividad creadora del pueblo, nos sentimos obligados a hacer una confesión. Compartimos la tesis de Taborda, en cuanto la misma se propone afirmar una continuidad histórica entre el pasado colonial argentino, en su dimensión popular y progresista, y la Revolución de Mayo como hecho máximo de ese pasado. Nos apartamos de la tesis de Taborda, en cuanto ella pretende afirmar místicamente esa continuidad histórica, haciéndola reposar en un *voluntarismo* que, a su juicio, procede del fondo nómada del conquistador hispano y se halla permanentemente en trance de heroísmo, de aventura creadora, es decir, de historia antes que de cultura. Con todo y ser esta tesitura voluntarista un elemento constitutivo del temperamento de los pueblos de ascendencia española —más propiamente de ascendencia castellana—, la conceptuamos insuficiente para definir un proceso histórico de la magnitud y naturaleza del evento a que se aplica; y nos parece insuficiente porque la *voluntad* a que se refiere Taborda está vista en trascendencia, es concebida, desde un ángulo místico y

metafísico, como una realidad incondicionada y absoluta. Instala el problema en un terreno demasiado ideal, que no resiste las críticas provenientes del método y rigor del realismo contemporáneo. En cambio, el hecho de la continuidad histórica es innegable. No aceptarlo, significa lo mismo que atribuir a la Revolución de Mayo un poder taumátúrgico, en cuya virtud la nacionalidad argentina habría nacido casi por un acto de generación espontánea, sin antecedentes reales e ideales inmanentes al proceso de que promana y que preexisten al hecho revolucionario. Sin tales antecedentes, Mayo habría sido imposible. Lo que será la nación argentina después de Mayo está ya dado en una gran parte por factores reales e ideales preexistentes y hay rasgos propios de su formación social y política que, mejorados, modificados o enriquecidos con el transcurso del tiempo, subsisten hasta hoy.

Fiel a su propósito de peraltar la continuidad histórica y de instaurar un orden institucional que refleje la "idiosincrasia nativa", Taborda se plantea un problema que viene a ser el problema argentino por excelencia: el que configura la necesidad de que toda constitución política sea la expresión de la constitución social de un país, la expresión misma del pueblo y de sus problemas concretos. El olvido de estos principios, el no haber elaborado la constitución política desde abajo, partiendo de la realidad nacional, y sí como un molde rígido de normas que pretende imponerse a la constitución social, que es la realidad previa a todo lo demás, explica el fracaso de los ensayos constitucionales de 1819 y 1826, como ya lo señalaron en su tiempo Echeverría y los hombres de la *Asociación de Mayo*. Taborda se muestra realista en este punto y se decide por un planteamiento del problema que estando ya insisto en su concepción responde a las exigencias políticas y doctrinarias de nuestro tiempo.

Pero volvamos al tema. En la íntima estructura de las ciudades y villas americanas se opera un triple fenómeno, cu-

ya consideración es de importancia para comprender otros tantos aspectos de la realidad argentina. En primer lugar, las comunas proyectan su influencia sobre extensiones territoriales cada vez más vastas, en procura de una ampliación del espíritu comunal en el espacio y de su afirmación en el tiempo. En función de este desarrollo, condicionado por las exigencias de la *contigüidad* y de la *continuidad*, que presiden de modo inmanente la vida de todo grupo social desde sus comienzos, se van creando las condiciones espirituales y materiales de existencia con características propias y dentro de un área geográfica determinada, de todo lo cual emergen más tarde los regionalismos, un sentimiento local de la vida y las provincias como entidades políticas autónomas, afirmativas de un régimen federal.

En segundo lugar, como consecuencia de la multitud de actividades cumplidas en el seno de las comunas —desde la poliorcética y política hasta las económicas y administrativas, pasando por lo elemental humano y social—, el impulso nómada del conquistador —detenido, a instancias de un gesto que se resuelve en un proceso de cultura, de inserción de la historia en la cultura, pero no de tal modo que llegue a superar, a favor de un equilibrio armonioso, la tensión interna, en ocasiones dramática, de las fuerzas antagónicas—, cuaja en un “tipo de vida de estilo feudal”. La expresión humana de este tipo de vida, es el caudillo. Como expresión humana de la voluntad política comunal, el caudillo “no es un hombre de la cultura; es un hombre de acción, un hombre de fuerza”. “Por él se expresa la voluntad de los núcleos urbanos rurales. Es el hombre de mando que forma todo grupo, por obra de su propia existencia y para los fines concretos de su propia existencia”.

Historia y cultura, en tercer lugar, acaban por fusionarse en el seno de las comunas, y de esta fusión deriva pronto una forma de vida dotada de las más altas y ricas calidades

humanas y sociales, plena de autenticidad política, cuyas características poseen un inconfundible cuño español. En esta forma de vida se destacan dos rasgos fundamentales, que las comunas han conservado siempre por virtud de "una honrosa fidelidad a la idiosincrasia de origen" y que la Revolución de Mayo no hizo más que confirmar, por lo mismo que su ímpetu y su sentido proceden justamente del fondo humano y político de las comunas. Esas notas son: un *individualismo* que se distingue por ser una "digna y enérgica afirmación de la personalidad humana", de la persona como un valor, en cuanto "su estimativa sólo concibe al hombre en el seno de la comunidad, actuando en ella, corresponsable con ella, indestructiblemente identificado con su propio destino"; que nada tiene que ver con ese individualismo robinsoniano y abstracto del derecho natural moderno, que hace del hombre un ente ahistórico, incondicionado, un ente de ficción, especie de "islotte flotante, tanto más perdido en un mundo sin relaciones cuanto más se considera desvinculado de las obligaciones civiles que la existencia supone"; y el *poder inmanente de autodeterminación*, como impronta vigorosa de la "voluntad histórica radical" de las comunas. Esta forma de vida supone, también, la coexistencia de dos tipos humanos: del hombre de acción y del hombre culto, "del hombre histórico con el hombre jurídico". "Estos dos tipos de hombres —definidos por la historiografía de Koigen—, productos de una misma entraña nutricia, encarnaron las dos corrientes antagónicas que se disputaron la preeminencia en la tarea de la organización política, al día siguiente de la declaración de la independencia", que para Taborda fué una empresa comunalista, de la misma manera que la comuna fué la condición de la unidad nacional.

Caerá en el error, seguramente, quien se proponga comprender lo *facundio* por simple referencia biográfica al cau-

dillo más singular de nuestras guerras civiles. A Taborda le atrae lo *facúndico* no desde el punto de vista biográfico, sino como la realidad "esencial y perviviente" que Facundo Quiroga encarna, en cuanto constituye la *expresión humana típica* - o *tópica*, como diría Unamuno— del fondo mismo de nuestra vida histórica. Lo *facúndico* es una realidad formada por "notas constitutivas originales", de las que conviene retener las siguientes: la voluntad histórica radical, subyacente en la estructura concreta de la comuna y que se manifiesta, en su despliegue externo como autodeterminación esencial, en la voluntad de Mayo y en las figuraciones que asume la civilidad argentina; la relación que "identifica el destino del individuo con el destino de su grupo en un orden armónico de la cultura y de la historia"; el hombre como persona corresponsable en el seno de la comunidad; el sentimiento de libertad y localidad, inspirado en un concepto vertical de la historia, no en aquel que la reduce a un mero proceso horizontal dominado por la ilusión del progreso; el ahondamiento de la vida interior por encima del acrecentamiento de las necesidades externas; la tierra en función social de la comuna; el alma precapitalista de nuestro pueblo, "en razón de su oriundez castellana"; ideales ecuménicos servidos por un sistema de fines de raíz local y popular; y la tendencia a una organización nacional, a una unidad político-económica que sea el "acuerdo cierto y sincero de entidades libres" y no un centralismo que, favorecido por la penetración económica del capitalismo imperialista y la aduana de Buenos Aires, ha instaurado en el país la "dictadura permanente, consolidada sobre la ruina de las autonomías locales"; vale decir, la tendencia a una organización nacional en la forma de "un federalismo basado en estructuras políticas locales".

Una valoración desapasionada, objetiva de lo *facúndico*, tal como se muestra dentro y fuera del pensamiento de Taborda —esto es, en función de ese pensamiento y en relación

con lo argentino—, me lleva a formular un juicio, que considero correcto: lo *facúndico* traduce un supuesto permanente de la vida nacional, el mismo que supieron intuir los hombres de la generación de 1837, si bien esta intuición estaba gobernada por otras ideas y otras urgencias, que eran las ideas y urgencias propias de la hora. Lo *facúndico* condiciona el fondo esencial de la nacionalidad, en oposición dialéctica con el fondo universal de la cultura. En el juego dialéctico de estos dos extremos —de lo nacional por su immanencia y de lo universal por su trascendencia—, residen el drama y la posibilidad de nuestra vida histórica. Lo nacional busca su inserción en los bienes y valores universales de la cultura, pero sin renunciar a su afirmación intrínseca; lo universal tiende a elevar el fondo immanente de la realidad nacional, pero choca con ésta apenas pretende avasallarla, desfigurarla o neutralizarla; cuando pretende articularse a ella de manera inorgánica y artificial. Por no haber sabido comprender de un modo profundo este ritmo diaerético de lo nacional y de lo universal, es que nos hallamos todavía sin resolver el problema de nuestra expresión. Por habernos empeñado en negar nuestra voluntad de ser, es que hemos caído en la política fácti —y falsa— de una imitación apresurada que malogra los mejores esfuerzos constructivos. Por haber renunciado a lo que somos y a lo que debemos ser, el humanismo de Taborda, como fuente nutricia de su concepción facúndica, vibra estremecido en aquella su pregunta inquietante lanzada a la conciencia argentina justo al cumplirse los cien años de la muerte del caudillo riojano: “La civilización europea puebla la inmensa superficie de la República. ¿Puebla acaso el baldío de nuestra alma?”.

Si se me preguntara cual es el principio que define internamente a la cultura occidental, contestaría que ese principio consiste en su vocación humanista. Yo sé muy bien que el hu-

manismo de que se enorgullece el occidente ha servido con obstinada frecuencia, a la manera de un manto piadoso, para ocultar crueldades y horrores cometidos contra el hombre; y sé también que si hoy se pide a la razón que rinda cuentas por la muchedumbre de crímenes cometidos en su nombre contra el hombre, mañana se pedirá esta misma rendición de cuentas a la vida por las innumerable atrocidades que en nombre de ella se han consumado contra la vida. Y sin embargo, la vocación humanista es el principio por excelencia de la cultura occidental. Por eso, los diversos momentos de la historia de esta cultura se definen o se expresan como otras tantas formas del humanismo.

El humanismo es la afirmación del hombre como la realidad fundamental. Su raíz está en Grecia, en el milagro griego, cuyo soporte espiritual es el *sabio*, el hombre del conocimiento, o, como dice Ferrater Mora en un libro reciente, la *sabiduría como tipo humano*.

Nosotros vivimos todavía inmersos en este clima humanístico de ascendencia helénica, que el Renacimiento y la Edad Moderna intentaron revitalizar y enriquecer con nuevos contenidos. Pero el Renacimiento y la Edad Moderna presentan grandes diferencias con respecto al humanismo clásico, que equivale a una verdadera inversión de los términos. Estimo que la más notable de estas diferencias reside en la distinta visión del mundo. Los griegos tienen una concepción *orgánica* del universo; los modernos, una concepción *mecánica*. La imagen del mundo es para los griegos algo *plástico*: el *Cosmos*; la imagen del mundo es para los modernos algo conceptual, lógico, *mecánico*: la *Naturaleza*. El mérito del pensamiento moderno consiste en haber concebido la naturaleza como un orden mecánico. Pero su error estriba en haber sometido a la condición humana a los mismos principios constructivos de la realidad del mundo exterior. La concepción mecanicista y racionalista de los siglos XVII y XVIII es

ahistórica y por eso ve al hombre como un "mecanismo solitario", según la frase de Guyau. Carece de la idea de *desarrollo*, y no interpreta la vida como un proceso ni al hombre como historia. Invierte el punto de vista clásico: el hombre es reducido a categorías de la realidad natural y el espíritu humano queda abarcado por el conocimiento propio de las ciencias naturales y físico-matemáticas, del mismo modo que la concepción mecánica de la realidad pretende *explicar* la sociedad, la cultura, la historia valiéndose de las ciencias exactas y de sus fundamentos, ajenos a la humana condición. El verdadero humanismo fué, sin duda, el de los griegos: concibieron el mundo en función del hombre y no a la inversa. Por eso destacamos en la Edad Moderna la grandeza de Spinoza. Su decidida negación de toda finalidad trascendente junto a su radical afirmación del orden mecánico y de sus leyes matemáticas, convierten su pensamiento en la clave del pensamiento occidental y en la posibilidad máxima de una antropología filosófica. Esto último es lo que debe haber advertido N. Hartmann al construir su ideal del hombre sobre la base de lo que Scheler denomina el "ateísmo postulativo de la seriedad y responsabilidad". Para N. Hartmann sólo en un mundo ordenado mecánicamente puede el hombre afirmarse plenamente libre, con su entera responsabilidad y personalidad; y sólo así de él únicamente dependen la predicción del futuro y los fines que le son immanentes. Desde este punto de vista, podríamos agregar nosotros que la cultura es el firme ejercicio de la libertad que el hombre ejecuta en el mundo de la causalidad. Pues si el mundo humano: histórico y social es conforme a un plan establecido por un ser distinto del hombre, éste carece de libertad.

Taborda rechaza el humanismo racionalista, individualista, mecánico-naturalista y ahistórico que es el humanismo moderno. El suyo es un humanismo que se nutre del *ideal del hombre total* y de un *sentido profundo de la acción*.

El humanismo de Saúl Taborda, intensamente estremecido de un *pathos* bélgico por la virtudes del hombre, fluye de varias y hondas vertientes espirituales, que le imprimen una fisonomía peculiar. Recordemos, ante todo, la vertiente representada por la experiencia mística española, esa experiencia religiosa única que disuelve la dogmática en "fuego de pasión". Quizá las páginas más encendidas de espiritualidad y de mayor belleza que haya escrito Taborda sean las que dedicó al examen del fenómeno religioso, que es siempre un fenómeno de totalidad dentro de la experiencia humana. Recordemos, también, otra de las vertientes, no menos egregia, del humanismo de Saúl Taborda: el suave panteísmo del alma lusitana. Un panteísmo de frescura matinal en que parece reeditarse la primera mañana del mundo, tocado por un tierno sentimiento religioso de la naturaleza que hace nacer las ideas y los símbolos religiosos espontáneamente, que hace de la fe un rasgo sencillo y hasta gracioso del alma y la libera de los dualismos agónicos tan propios de la mística española. Un panteísmo cuya fluencia lírica "cobra expresión genuina y auténtica en el cancionero popular, que es uno de los cancioneros más ricos que se conocen". Por este costado de su humanismo, Taborda entra de lleno en la indagación de uno de los aspectos más sugestivos de su teoría del arte: el que apunta al "misterio que envuelve los orígenes históricos del arte de Iberia"; orígenes que había que ir a buscar en los altiplanos de Asia, allí donde el hombre pronunció sus primeros himnos, cuyos ecos eternos adquieren una íntima y duradera resonancia en la lírica popular de todos los tiempos.

Otras vertientes o fuentes del humanismo de Taborda son el fondo senequista y voluntarista del hombre español, el marxismo, el existencialismo y la filosofía de la persona. En cuanto al fondo senequista y voluntarista del hombre español, diré que ya hemos aludido a este rasgo, uno de los más recónditos del humanismo de Taborda. Para Taborda, él enciende

en la humanidad española su pasión por el hombre y el ansia de la aventura, esas dos fuerzas que, enlazadas por una energía mística incomparable, se despliegan temporalmente en una acción humana que es la misma "voluntad de Dios encarnada en hombre" (Oliveira Martins) y se traduce en la historia como el descubrimiento de América, como "inmisericorde ascetismo", como "hambre de eternidad", que todo eso constituye la "conquista del reino de Dios", pero donde el alma del hombre no se deja absorber por el cielo sino que trae dentro de sí a la divinidad, ganando con ello "una fuerza más que humana". Taborda ha relevado del marxismo el contenido ético del trabajo y de la revolución del proletariado y algunos aspectos de la filosofía de la *praxis*. Se siente, a su vez, atraído por el existencialismo, en cuanto este nuevo ismo filosófico comporta el planteamiento del problema metafísico del ser centrado en la existencia humana. Pero Taborda corrige y supera el existencialismo en la medida en que para él la existencia humana rompe los límites del yo, traspasa los límites del "ser uno mismo" en el que para Heidegger culmina la existencia y la convierte en un sistema individual cerrado. Para Taborda todo existir es un coexistir con otros; un coexistir corresponsable con el destino de los demás y con el destino de la comunidad entera a la que el hombre pertenece.

Todas las formas del humanismo contemporáneo participan, en mayor o menor medida, de la filosofía de la persona, mejor dicho del ideal humano que alienta internamente en esta filosofía, que hace de la persona, del hombre como portador del espíritu, y del espíritu, en cuanto suprema instancia de la realidad y conjunto de actos que se determinan por el *ser* y el *valer*, el objeto vivo y concreto de su concepción humanista. Y decimos que todas las formas del humanismo contemporáneo participan de este nuevo ideal humanista, porque él emerge de una coyuntura histórica de crisis que ha puesto en peligro justamente el destino de la personalidad humana. Por

eso, este ideal humanista tiene la ventaja sobre el humanismo tradicional de exaltar no entidades abstractas o ilusiones como el concepto de humanidad o el individuo teórico del derecho natural, sino al hombre temporal, al hombre que tiene que habérselas cada día con el drama de su tiempo y es esencialmente hombre porque se halla dotado de espíritu y de libertad. Esta filosofía de la persona alimenta como una llama poderosa el humanismo de Taborda y en ella reposan los fundamentos de su pedagogía.

Hemos dicho que el humanismo de Taborda se nutre del ideal del *hombre total*. Como esta expresión encierra un sentido equívoco en los días que corren, es preciso no confundirla con aquella otra que se traduce por *orden total*. Es verdad que el mundo moderno ha desintegrado al hombre. Sin embargo, otro peligro, mucho mayor sin duda, es el remedio que se ofrece para poner fin a este proceso de desintegración del individuo. Concepciones y tendencias que aparentemente ejercen hegemonía en los diversos campos de la cultura y la política, pretenden "integrar" al hombre, devolviéndole todas sus dimensiones, mediante su inserción en un *orden total* de vida ⁽¹⁾. Pero se trata de una inserción en la que no cuenta el hombre como persona, sino el hombre como masa, casi como una cosa. El problema no será resuelto por las formas del Estado total o totalitario, sino por aquello que las niega y contradice en esencia: el *hombre total*. Para mí, la solución del problema consiste en crear las condiciones adecuadas al advenimiento del hombre total, es decir, del hombre entero. El Estado total sólo existe como totalidad de los *momentos ex-*

(1) Por *orden total* o totalitarismo entendemos aquí todas las formas contemporáneas de *estatización* —no de socialización— de la vida, que so pretexto de resolver los problemas humanos, sociales y económicos de nuestro tiempo arriban a la repudiable fórmula del fascismo: "Nada contra el Estado, nada fuera del Estado, todo para el Estado".

ternos de la vida, de la cultura y de la técnica. Por eso deja de lado, los olvida y aniquila a sabiendas, los *momentos ínternos* de esa vida, de esa cultura y de esa técnica, cuyo honrar es el hombre mismo. El totalitarismo es una desviación, una aberración del humanismo de todos los tiempos. Y es sorprendente que el Estado total corra hoy parejo con la subida de las masas y que la nueva forma de vida social de masas se halle íntimamente vinculada al desarrollo de la técnica y de la ciencia en su sentido más material, al creciente antagonismo de las clases sociales, a las luchas políticas teñidas cada vez más de valores e intereses económicos y sociales y a un evidente desprecio de la individualidad humana. Y esto acontece, lo que no es menos sorprendente, en la época que para los fundadores de la Edad Moderna, según lo habían calculado su seguridad, su optimismo y su fe constructiva, habría de operarse la definitiva liberación del hombre. De lo que se trata, pues, es del *hombre total*, del hombre entero. Su advenimiento hará posible la vigencia efectiva de ideales ecuménicos y, con ellos, la existencia también efectiva de agrupaciones humanas en que las instituciones sirvan de medios a sistemas de fines propuestos por los hombres y de pueblos en quienes prive un sentimiento de corresponsabilidad en relación con los otros pueblos.

El humanismo de Saúl Taborda se concentra, fervorosa y científicamente, en la consideración del acto pedagógico, vale decir, en la consideración del hombre como proceso formativo; y como una consecuencia inmediata —inevitable— de ésto, en una teoría de la cultura y de la historia y también en una teoría del Estado. Aquí tiene de nuevo cumplimiento el valor pedagógico-político tan característico de nuestro espíritu. Igualmente, la aspiración al Poder —recordemos, de paso, a Sarmiento—, no por el Poder mismo sino como instrumento eficaz y adecuado para un fin último y fundamen-

tal: la formación del hombre y de la nacionalidad. Por eso este humanismo irrumpe, más allá del hecho educativo, en una *teoría de los ideales*, que remata, finalmente, en una filosofía de la historia, en una visión del mundo y en un sentido de la vida.

Los ideales individuales pertenecen al *individuo* y no trascienden de la esfera psico-biológica, pues se agotan en el ámbito puramente individual. Para que el individuo cobre la calidad de *persona* y de *personalidad* tiene que subir a más altos bienes, a la esfera en que residen los ideales superindividuales y universales. Sin embargo, mediante el juego dialéctico entre los ideales individuales y los universales se va formando el canevé objetivo de la cultura y se opera el devenir temporal espiritual del hombre. Los ideales superindividuales son los que "comunican estilo a una época" y en contacto con ellos los ideales individuales "se tocan de dimensiones humanas".

En el ensayo *Los ideales humanos en el arte contemporáneo*, Taborda alude a la frustración actual de los ideales individuales, cuya imagen humana "se concreta diacríticamente en el efebo, en el héroe, en el caballero y en el trabajador". En *Investigaciones Pedagógicas* destaca, a su turno, la frustración de los ideales supraindividuales de filiación burguesa, o sea del nacionalismo y la idoneidad, desde el punto de vista de su significación ecuménica. Los ideales individuales sólo adquieren plenitud humana y una cierta universalidad por su inserción en un ideal ecuménico. Por carecer de calidad ecuménica los ideales burgueses del nacionalismo y la idoneidad, que han presidido la época moderna y puesto un sello a su vida, es que, bajo su imperio, los ideales individuales —sobre todo el del efebo o del individuo humano como tipo deportivo y el del trabajador— no alcanzaron esa plenitud humana y esa universalidad que han ostentado algunas veces bajo el cie-

lo de occidente; así, el ideal del efebo y del héroe en Grecia a virtud del sentido de totalidad de la *polis* y del que dominaba la vida entera griega; así, en la Edad Media, el ideal del caballero y del trabajador, a virtud del poderoso sentimiento ecuménico que presta su sello a esa edad histórica.

¿A qué se debe la frustración de los ideales burgueses de la idoneidad y el nacionalismo en cuanto ideales que estaban llamados a cumplir una trayectoria ecuménica, por lo mismo que eran ideales destinados a presidir un cielo original y conferir estilo a una época, ya que se trataba de ideales traídos por una clase social y un proceso histórico comprometidos en el advenimiento de un nuevo tipo humano y de una nueva forma de vida? Las causas del fracaso de los ideales burgueses han de buscarse en un conjunto dilatado y complejo de circunstancias, que por sí solas bastan para describir la historia de la burguesía y entre las cuales se destacan su *mésalliance* con la nobleza y el desmedido *afán de ganancia* que nutre el "espíritu burgués". Arrimada a la nobleza, en un entendimiento que la perjudicaba y que se tradujo necesariamente en una "transacción de los respectivos ideales", y arrebatada por las fuerzas económicas y sociales que ella misma había configurado, la burguesía hizo de la idoneidad y el nacionalismo dos simples instrumentos de su innegable voluntad de poder en lo interno y de expansión en lo externo. De este modo, exigió la idoneidad como requisito esencial para aumentar y mejorar la producción de bienes naturales, y estimuló el nacionalismo como un sentimiento, o más bien como un resentimiento, cargado de odio ancestral y agresivo hacia todo lo extranjero, siempre pronto a convertirse en peán de lucha favorable a las contiendas imperialistas cuando no en una actitud hostil a la acción del proletariado mundial.

Taborda no podía dejar de advertir —y lo advirtió, efectivamente, con su sagacidad habitual— un problema de colosal importancia: el de la tenaz pervivencia, en nuestros días,

de los ideales de la idoneidad y el nacionalismo, no obstante la quiebra histórica de la vida burguesa. La advertencia consta en *Investigaciones Pedagógicas*, vol. 2, p. 68. Para nosotros resulta cada vez más notoria la influencia de estos dos ideales de la modernidad, si bien, a causa de la quiebra antes señalada, se presentan ahora actuando y ordenando la vida con un contenido nuevo. El ciudadano idóneo va siendo reemplazado por el hombre técnico, y el nacionalismo de corte burgués y agresivo parece dejar sitio a un nacionalismo nutrido en los mitos de la nación y de la comunidad como su correlato humano. Aparte de una razón de continuidad histórica que es, seguramente, insobornable, en cuya virtud ciertas formas de vida y de pensamiento acaban por adecuarse a las nuevas circunstancias históricas, nos hallamos aquí ante el hecho formidable de la tecnificación creciente de la vida y de su planificación correlativa, de la organización social de masas y de una voluntad de reencuentro consigo mismas por parte de cada una de las formas nacionales de vida y de cultura; todo lo cual justifica la actual vitalidad de aquellos rancios ideales.

Pero la advertencia de Taborda nos enfrenta a otro problema, que sólo el tiempo podrá resolver. Taborda admite la proximidad de una era presidida por el ideal del trabajo y del trabajador. Y como este ideal es de carácter individual es preciso, para que adquiera plenitud humana, que logre insertarse en nuevos ideales ecuménicos. Estos ideales ecuménicos, que sin duda se van elaborando lenta y dolorosamente en la intimidad del proceso histórico de nuestros días, tienen que ser necesariamente los de la justicia social y de la solidaridad humana. Digamos, mejor, que estos ideales supraindividuales están llamados a ejercer un rectorado ecuménico. Sin embargo, también estaban llamados a ese mismo destino los ideales del nacionalismo y la idoneidad, y ya hemos visto que se frustraron. ¿Alcanzarán aquellos nuevos ideales a realizar el papel

ecuménico que les señala esta hora del mundo? No podemos cludir la pregunta. Más aún: nos sentimos obligados a lanzarla una y otra vez, casi dramáticamente: ¿Los ideales supra-individuales de la idoneidad y el nacionalismo, que dieron sello y estilo a la época moderna, serán reemplazados, en cuanto al valor ecuménico, por el ideal superindividual de la plenitud humana fundada en la solidaridad y en la liberación económica del hombre, y por el ideal superindividual de la justicia social, en los que habrá de insertarse el ideal individual del trabajo, del productor y de la producción?

Saúl Taborda fué un hombre de acción y de pensamiento. Sobre todo, un hombre que trabajaba para el tiempo. Así: para el tiempo, en el sentido de que sus preocupaciones estaban destinadas a repercutir en el alma de las nuevas generaciones, a labrar la tierra espiritual de la nacionalidad, a decantar el designio humanista que inspira el corazón nativo, a fin de que en un futuro no muy lejano la conciencia argentina se recobrará íntegramente e hiciera efectivo el ideal de vida y de cultura que le ha sido asignado. Sus ideas y pasiones —pasiones que las tuvo y vivió en alto grado, pues su vocación respondía al tipo del hombre entero, que gustaba encarnar en el español de todos los tiempos— revelan estar tocadas por un aliento de eternidad, creador y hondo, que les otorga un vigoroso vínculo histórico —continuidad en el tiempo—, a la vez que una proyección infinita hacia el porvenir. Los países jóvenes, como el nuestro, son siempre revolucionarios, en el sentido profundo de esta palabra. En ellos, los hombres viven atentos a las ideas, doctrinas y sucesos que movilizan la acción inmediata en torno a los problemas con que les acucia el presente. No hay tiempo para la reflexión lenta, exhaustiva, serena. Y los grandes sistemas que se elaboran en su seno son llamados a prosperar más tarde, cuando la situación histórica denuncia un clima propicio para su total desarrollo.

Saúl Taborda vivió entregado a sus meditaciones, seguro de su valor perdurable. Por esto hemos sostenido que su vida y su pensamiento asumen la significación de un mensaje. Su ideario es el fruto de un alma admirable, que supo conjugar el amor a la cultura con el sentido de la tierra. Continúa, así, la tradición depositada en los constructores de la nacionalidad, cuyos ideales y esfuerzos se nutren de un gran amor al suelo nativo, a las virtudes del pueblo y al progreso de las instituciones. Su humanismo es activo, polémico, de combate. Tiene mucha semejanza con el humanismo de Sarmiento y Unamuno. El autor del *Sentimiento trágico de la vida* se propuso corregir al hombre "a cristazos", y Sarmiento alentó la enorme esperanza de liquidar la barbarie por medio de la educación. Taborda soñaba con el advenimiento de un mundo donde el hombre viviese en la plenitud de sus dimensiones y pensó que para llegar a ésto había dos caminos: el de la educación y el de la revolución; y a estos dos caminos consagró su vida y su inteligencia.

Cualquiera sea el juicio que se dispense a su obra, ella quedará como un claro mensaje dirigido a las jóvenes generaciones argentinas y como un gran pensamiento en la historia de las ideas. Esta obra densa, original, orientadora, permitirá también reconocer en su autor una personalidad intelectual dueña de todas aquellas condiciones que nuestro precario ambiente cultural exige de los hombres entregados a la faena difícil del espíritu. En este sentido, puede decirse que Taborda constituye el tipo verdadero del pensador hispanoamericano. Coincidiendo con una dirección mental que reputamos eminentemente americana —en Taborda se cumple el ideal pedagógico-político que hemos señalado como uno de los rasgos definidores del pensamiento y la cultura en Hispanoamérica—, no admitía el pensar filosófico como un pasatiempo destinado a llenar las horas vacías de la existencia; no lo admitía por el mero prurito de filosofar. Juzgaba infecunda

esta idea de la filosofía. Hizo de ella, en cambio, una maestra de la vida, según la fórmula de Cicerón. Por eso mismo fué también un "militante" de la filosofía, o profesó una filosofía "militante", entendiendo aquí por militancia una categoría que designa la actitud de conocimiento que persigue en la esfera concreta del mundo y de la vida el objeto permanente de sus afanes. Semejante ideal cognoscitivo tenía que hacer del hombre, forzosamente, el tema vivo de una preocupación solícita, la vertiente invasora de un saber enriquecido por la sustancia humana inagotable. Sobre esta sustancia, el genio de Taborda edifica su sistema pedagógico. También para él, como antes lo fuera para Dilthey, "la flor y el fin de toda verdadera filosofía es la pedagogía en su más amplio sentido, como teoría de la formación del hombre". Sobre esta sustancia se organizan sus reflexiones señeras acerca de todos los problemas que conmueven la conciencia contemporánea. Sobre esta sustancia se elabora su bella concepción de la patria: libre, grande, popular. Y sobre esta sustancia florece la suprema condición de su persona: la virtud civil. En su espíritu se asocian la norma moral de Séneca: "Obra de tal modo que siempre se diga de ti que eres un hombre" y el animoso concepto de Alberdi: "Nuestra filosofía ha de salir de nuestras necesidades", concepto que Taborda tradujo así: nuestro pensamiento debe ser la expresión de nuestra modalidad intrínseca. Vale decir, se asocian en él la teoría y la práctica dentro de un ideal acentuadamente humano y americano.

Vivió en permanente vigilia, en trance de humanizarlo todo: lo que tocaba con sus manos, lo que amaba con su sabia bondad y esa inmensa partícula de humanidad que es cada hombre y que a veces nos desconcierta y nos abrumba con sus testimonios de inhumanidad. Tal vez por el hecho de vivir entre tantas cosas pequeñas, sintiera, bajo el imperio entrañable de su humanismo —que fué la propia condición de su naturaleza personal— la necesidad de adjudicar altos valores a

todo aquello que apenas si lo merecía, e incluso a lo que no se lo merecía de ningún modo. Este es un rasgo que sólo poseen los grandes temperamentos y es también el que por vía de emulación y ejemplo sirve para educar y formar el carácter de los demás. Vivió en permanente vigilia, en trance de humanizarlo todo: lo que veía y lo que quería ver. En él parecía verificarse el sentido; más aún: la voluntad, presentes en aquellos diáfanos y profundos versos de Pedro Salinas: "Por un mundo sospechado — concreto y virgen detrás —, por lo que no puedo ver — llevo los ojos abiertos".

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO SOCIAL

- * — *Problemas de derecho penal*, por el Dr. LUIS JIMÉNEZ DE ASCA. (2ª Edición).
- * — *Investigaciones sobre ciegos en la provincia de Santa Fe*, por el Dr. JUAN ALVAREZ.
- * — *Goethe y el panteísmo spinoziano*, por el Dr. CARLOS ÁSTRADA.
- * — *El problema de nuestros territorios nacionales*, por el Dr. ALBERTO BALDRICH. (2ª Edición).
- * — *El día de las Américas*, por el Dr. RICARDO J. SIRI.
- * — *La radiodifusión al servicio de la cultura*, por el Dr. JOSUÉ GOLLAN (H) e Ing. JOSÉ BABINI.
- * — *El técnico y la cultura*, por el Ing. CARLOS A. NIKLSON.
- * — *Derrotero y viaje a España y las Indias*, por U. SCHMIDL (traducido y comentado por el Sr. EDUARDO WERNICKE) 2ª edición.
- * — *Las ideas morales en el Antiguo Egipto*, por el Dr. ABRAHAM ROSENWASSER.
- * — *Estados Unidos de Norte América vistos con ojos argentinos*, por el Dr. JOSUÉ GOLLAN (H).
- * — *Commemoración del 131 aniversario de la Revolución de Mayo en la Universidad Nacional del Litoral*, por el Dr. RÓMULO ETCHERRY BONEO.
- * — *Proyecto de estatuto básico para las Universidades Argentinas*, por el Dr. RÓMULO ETCHERRY BONEO. Archivado.
- * — *La plenitud de la justicia en San Alfonso María de Ligorio*, por el Dr. JOSÉ RUBÉN CIBILS.
- * — *Hispanidad y Argentinidad*, por el Dr. CARLOS BERRAZ MONTYX.
- * — *Informe sobre las Jornadas Educativas de San Juan*, por el Prof. PEDRO OSCAR MURÚA. Archivado.
- * — *Verdades documentadas para la historia de Güemes*, por el Abogado MARTÍN FIGUEROA GÜEMES.
- * — *Trimestral* (Nos. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7-8). Archivado.
- * — *Pueblo y Universidad*. Archivado.
- * — *Curso Libre de Cultura Española Contemporánea* (Conferencias).
- * — *Nuevas formas de acción cultural*, por el Prof. PEDRO OSCAR MURÚA. Archivado.

LA CONSTITUCION ARGENTINA:

- * 1 — *Los pactos preexistentes en el preámbulo de la Constitución Nacional*, por el Dr. ANTONIO SAGARNA con Enunciación de propósitos, por el Dr. JOSUÉ GOLLAN (H.).
- 2 — *La educación pública en la Constitución Argentina*, por el Dr. HORACIO RIVAROLA (2ª Edición).
- 3 — *La Revolución y la Constitución*, por el Dr. NICANOR MOLINAS con palabras preliminares, por el Dr. JOSUÉ GOLLAN (H.).
- 4 — *Los derechos y garantías individuales en la Constitución Argentina*, por el Dr. JUVENAL MACHADO DONCEL.
- * 5 — *El equilibrio de los poderes y la Constitución Nacional*, por el Dr. ENRIQUE MARTÍNEZ PAZ (2ª Edición).
- * 6 — *Elogio de la Constitución Nacional*, por el Dr. JOSUÉ GOLLAN (H.).
- * 7 — *La Constitución Nacional*, por el Dr. NICANOR MOLINAS.
- * 8 — *La Constitución de 1853 y sus autores e inspiradores*, por el Prof. SALVADOR M. DANA MONTAÑO.
- * 9 — *Gobierno de la democracia*, por el Dr. NICANOR MOLINAS; *Las fuentes y la historia interna de la Constitución de 1853*, por el Prof. SALVADOR M. DANA MONTAÑO y *De la libertad*, por el Dr. JUVENAL MACHADO DONCEL.
- 10 — *Prédica democrática*, por el Dr. JOSUÉ GOLLAN (H.)

* Agotadas.

MUSEO SOCIAL:

- * 1 — *La lucha en favor de la vivienda popular*, por el Ing. CARLOS A. NIKLISON.
- * 2 — *Contribución al estudio del movimiento mutualista en la República Argentina*, por el Ing. CARLOS A. NIKLISON.
- 3 — *La mujer en la industria norteamericana*, por la señorita CAROLYN BERNIARD.
— *Boletín bibliográfico* (número 1 a 22: Setiembre 1940 a Diciembre de 1944).

EXTENSION UNIVERSITARIA:

- * 1 — *El problema actual de la lepra*, por el Dr. ENRIQUE P. FIDANZA.
- * 2 — *Función de las vitaminas en la nutrición*, por el Dr. RICARDO CALATRONI (2ª edición).
- * 3 — *Razón fisiológica de la jornada de ocho horas*, por el Dr. CAYETANO VIALE. (2ª edición).
- * 4 — *Higiene escolar*, por el Dr. MANUEL E. PIGNETTO.
- * 5 — *La piedra filosofal*, por el Dr. JOSÉ GOLLAN (H.). (2ª edición).
- * 6 — *Eurindia en la arquitectura americana*, por el Arq. ANGEL GUIDO. (2ª Edición).
- * 7 — *Principios y fundamentos de la Reforma Universitaria*, por el Dr. JULIO V. GONÁLEZ.
- * 8 — *Puna de Atacama*, por el Dr. LUCIANO B. CATALANO. (2ª Edición).
- * 9 — *Las Guayquerías de San Carlos en la provincia de Mendoza*, por el Dr. JOAQUÍN FRENGUETTI.
- * 10 — *El problema cultural Oriente-Occidente*, por el Prof. JUAN MANTOVANI. (2ª Edición).
- * 11 — *Santa Fe y el Uruguay*, por el Dr. JOSÉ LUIS BUSANICHE. (2ª Edición).
- * 12 — *La cuadratura del círculo y otros problemas clásicos*, por el Ing. JOSÉ BABINI. (2ª Edición).
- * 13 — *Fisiología de las emociones*, por el Dr. JUAN T. LEWIS.
- * 14 — *Arquitectura y danza*, por el Prof. VICENTE FATONE. (2ª Edición).
- * 15 — *La traición de la inteligencia*, por el Dr. ANIBAL SÁNCHEZ REGLET. (2ª Edición).
- * 16 — *El cáncer en los fumadores*, por el Dr. MARIO VIGNOLES.
- * 17 — *Lo que pueden hacer los ciegos*, por el Sr. SAMUEL FELDMMANN.
- * 18 — *Alcance y proyecciones del Instituto Social*, por el Dr. RAFAEL ARAYA.
- * 19 — *Biología y Educación*, por el Sr. HUGO CALZETTI. (2ª Edición).
- * 20 — *El imperio de los incas y la conquista española*, por el Prof. LUIS BACDIN. (3ª Edición).
- 21 — *La formación histórica*, por el Dr. JOSÉ LUIS ROMERO. (3ª Edición).
- * 22 — *Místicos italianos de la Edad Media*, por el Sr. ALFREDO R. BUFANO.
- * 23 — *El problema universitario del profesionalismo y la investigación*, por el Dr. JOSÉ LO VALVO.
- 24 — *La crisis espiritual y el ideario argentino*, por el Dr. SAÚL TABORDA. (3ª Edición).
- * 25 — *Parásitos de nuestra fauna nocivos para el hombre*, por el Dr. SALVADOR MAZZA.
- * 26 — *Los obstáculos a la Cultura*, por el Ing. NICOLÁS BESIO MORENO.
- * 27 — *Alienación Mental y Delincuencia*, por el Dr. HELVIO FERNÁNDEZ.
- * 28 — *El Canal Beagle*, por el Dr. GUSTAVO A. FESTER.
- * 29 — *Ciencia, experiencia y ambiente rural*, por el Sr. EDMUNDO WEBNICKL.
- * 30 — *Los problemas de la filosofía de la cultura*, por el Prof. FRANCISCO ROMERO. (3ª Edición).
- * 31 — *La música contemporánea y sus problemas*, por el Dr. LEOPOLDO HURTADO. (2ª Edición).

- * 32 — *Algunos aspectos de una reforma agraria argentino*, por el Dr. TOMÁS AMADEO.
- 33 — *Caracteres jurídicos y políticos del ejército. — Su misión esencial*, por el Dr. RAFAEL BIELSA. (3ª Edición).
- * 34 — *Las corrientes conquistadoras en el Río de la Plata*, por el Dr. ANGEL CABALLERO MARTÍN. (2ª Edición).
- 35 — *Sobre teatro y poesía para niños*, por la Sra. FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI. (2ª edición).
- * 36 — *Las puertas de la tierra*, por el Dr. AGUSTÍN ZAPATA GOLLÁN. (3ª Edición).
- * 37 — *El concepto de elemento químico. La teoría de la multivalencia. La química del helio y de los helionoides*, por el Dr. HORACIO DAMIANOVICH.
- 38 — *Naturaleza de la música y de la creación musical*, por el Sr. JAIME PAULSSA. (2a. edición).
- 39 — *El culto de las humanidades*, por el Dr. MANUEL GARCÍA MORENTE (3ª Edición).
- * 40 — *La herencia de Sarmiento*, por el Sr. ALBERTO PALCOS.
- * 41 — *El problema de la herencia*, por el Dr. RICARDO CALATRONI.
- * 42 — *Función social del teatro*, por el Sr. ANTONIO GUNIEL CABANELLAS.
- * 43 — *El reverso humorístico de la tristeza criolla*, por el Dr. BERNARDO CANAL PEJÓO. (2ª Edición).
- * 44 — *Meditación argentina*, por el Dr. CARLOS ALBERTO ERRO.
- * 45 — *Algunos aspectos sobre la función pública*, por el Dr. RAFAEL BIELSA. (2ª Edición).
- * 46 — *Rosas y la unidad nacional*, por el Dr. FRANCISCO P. LAPLAZA.
- * 47 — *Sobre interferencias de ideales, en general, y caso especial de la imitación en Sud América*, por el Dr. CARLOS VAZ FERREIRA. (2ª Edición).
- * 48 — *Principios y defensa de la democracia*, por el Dr. JOSUÉ GOLLAN (H).
- * 49 — *¿Qué es la filosofía?*, por el Dr. ANGEL VASSALLO, con *Palabras de presentación*, por el Dr. RAFAEL VIRASORO.
- 50 — *La investigación científica*, por el Dr. BERNARDO A. HOUSSAY. (3ª Edición).
- * 51 — *América en las tres mayores aventuras de la humanidad*, por el Sr. PEDRO OSCAR MURÚA.
- * 52 — *La América latina frente a sí misma*, por el Dr. ANTONIO SAGARNA.
- * 53 — *Problemas generales y particulares de las Universidades Argentinas*, por el Prof. SALVADOR M. DANA MONTAÑO.
- 54 — *Universidad, ciudadanía y política*, por el Sr. LUIS REISSIG.
- * 55 — *Rivadavia estadista*, por el profesor Sr. RICARDO PICCIRILLI.
- * 56 — *Presencia y pervenidad de Pasteur*, por el Dr. RODOLFO A. BORZONE.
- * 57 — *Trayectoria de la condición social de las mujeres argentinas*, por la Dra. LUCILA DE GREGORIO LAVIÉ.
- * 58 — *Las mujeres de América y la Paz*, por la Dra. LUCILA DE GREGORIO LAVIÉ.
- * 59 — *Conciencia Antártica Argentina*, por la profesora PRIMAVERA ACUÑA DE MONES RUIZ.
- 60 — *Supremacía del espíritu en el arte*, por el Ing. ANGEL GILDO.
- 61 — *La primera pieza teatral argentina. Santa Fe 1717*, por el Sr. J. LUIS TRENTI ROCAMORA.
- 62 — *Reseña de la historia de un río*, por el Dr. LÁZARO B. GRATIAROLA.
- 63 — *La lección de Juan Sebastián Bach a los músicos y a los hombres*, por el Prof. JUAN SUÑE SINTES.
- 64 — *Accidente por la electricidad*, por el Ing. Quím. MARIO SCHIVAZAPPA.
- * 65 — *La industria química argentina*, por el Ing. ELÍAS DÍAZ MOLANO.
- * 66 — *Un aspecto de "La Casa de Bernarda Alba"*, por el Prof. EDUARDO A. DUGHERA.

- * 67 — *Ensayo de Orientación Profesional*, por la Dra. SELVA E. UCHA y el Ing. LUIS C. CALVO. Archivado.
- 68 — *Retornando a Miguel de Unamuno*, por el Prof. FURIO LILLI.
- 69 — *La poesía lírica española anterior a 1936*, por el Prof. ALFREDO PETROCIONE.
- 70 — *La vida cultural española en los últimos diez años*, por el Prof. ISMAEL SÁNCHEZ BRILA.
- 71 — *La prosa contemporánea española. Acotaciones a la obra de Azorín*, por el Prof. LUIS ARTURO CASTELLANOS.
- 72 — *La última generación de los poetas españoles*, por ELECTO GARCÍA TEJEDOR.
- 73 — *El aporte español al pensamiento social contemporáneo*, por el Prof. DOMINGO FÚNES GUESALÁGA.
- 74 — *Las disciplinas de la medicina pública en la Universidad Argentina*, por el Prof. ENRIQUE ESCARRÁ.
- 75 — *El nacionalismo musical en Manuel de Falla*, por el Prof. F. ADOLFO MASCOPINTO.
- 76 — *Algunas notas sobre la generación del 98*, por el Prof. MANUEL ABIZANDA BALLABRIGA.
- 77 — *La pintura del Siglo XX en España*, por el Prof. PEDRO SINÓPOLI.
- * 78 — *Nacimiento del teatro francés*, por PAUL VERDEVOYR.
- * 79 — *El epistolario de Amerigo Vespucci y sus supuestos descubrimientos*, por VICENTE D. SIERRA.
- + 80 — *El teatro de Benavente en el siglo*, por ENZO ALOISI.
- 81 — *San Francisco Solano, en la conquista espiritual de América*, por LUIS ALBERTO CANNIOTTI.
- * 82 — *Se borran las huellas*, por DIEGO R. OXLEY.
- * 83 — *Camalote*, por ELENA SIRO.
- 84 — *Romanticismo y nacionalidad*, por la Dra. ANGELA ROMERA VERA.
- 85 — *El General San Martín, un hombre extraordinario*, por el General de Brigada ERNESTO FLORIT con *Palabras de presentación*, por el Dr. DOMINGO BUONGIORE.
- 86 — *El humanismo militante de Saúl Taborda*, por el Dr. SANTIAGO MONTSERRAT.

BIBLIOTECA PEDAGÓGICA:

- * 1 — *La instrucción primaria en Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes*, por la Prof. DOLORES DABAT, con una *Noticia Preliminar* del Dr. JUAN ALVAREZ.
- * 2 — *Los nuevos métodos pedagógicos*, por la Dra. CELIA O. DE MONTOYA.
- * 3 — *Sobre un ensayo de Escuela Serena en la provincia de Santa Fe*, por la Sra. OLGA COSSETINI.
- * 4 — *El analfabetismo en la República Argentina. Interpretación de sus Estadísticas*, por el Prof. ERNESTO NELSON.
- * 5 — *¿Educación integral o alfabetización?*, por el Dr. LUIS MARÍA BARRERO. Archivado.
- 6 — *Educación integral*, por el Dr. JOAQUÍN RUBIANES, prologado por el Dr. TOMÁS DIEGO BERNARD (R.).
- * 7 — *Pensamiento vivo de Rosario Vera Peñaloza*.

LA ENSEÑANZA SECUNDARIA:

- 1 — *Estudios psicológicos*, por el Dr. F. KRUEGER (traducción de N. GRINFELD) con prólogo del Prof. F. ROMERO. (2ª edición).
- * 2 — *Bachillerato y formación juvenil*, por el Prof. JUAN MANTOVANI.
- * 3 — *La matemática en la educación media*, por el Ing. JOSÉ BABINI.
- 4 — *Urquica y la enseñanza media y superior en la Provincia de Entre Ríos*, por el Dr. ANTONINO SALVADORES.

EL PROBLEMA DEL CAMINO:

- * 1 — *Métodos de cálculos aplicables a las calzadas elásticas*, por el Ing. JORGE KLINGER. (2ª Edición).
- * 2 — *El suelo. Su conocimiento y su corrección*, por el Dr. JOSUÉ GOLLAN (H.). (2ª edición).
- * 3 — *Caminos de bajo costo*, por el Ing. JUAN C. BUSTOS.
- * 4 — *Los problemas del transporte en la República Argentina*, por el Ing. NICANOR ALBERALDE.

TEMAS RURALES:

- * 1 — *La mandioca*, por el Dr. PEDRO CHIARELLI.
- * 2 — *El caballo*, por el Dr. A. LISANDRO LARROSA.
- * 3 — *Contribución al conocimiento y difusión de las especies cítricas*, por el Ing. ALEJANDRO BOUQUET.
- * 4 — *Selección biológica y clasificación mecánica de la semilla*, por el Ing. Agr. BRUNO SANTINI.
- * 5 — *Abrigos para montes frutales*, por el Ing. Agr. PABLO COCRAULT.

TEMAS OBREROS:

- * 1 — *Accidentes de trabajo*, por el Dr. MARIANO R. TISSEMBAUM. (2ª ed.)
- * 2 — *El seguro social*, por el Ing. CARLOS A. NIKLISON.
- * 3 — *Enfermedades profesionales*, por el Dr. MARIANO R. TISSEMBAUM.
- * 4 — *Cooperación*, por el Dr. FRANCISCO C. BENDICENTE.
- * 5 — *Higiene y seguridad del trabajo*, por el Dr. MARIANO R. TISSEMBAUM.
- * 6 — *Historia del movimiento obrero argentino*, por el Sr. ÁNGEL L. PONCE.

TEMAS BIBLIOTECOLÓGICOS:

- * 1 — *Elementos de bibliotecología*, por el Dr. DOMINGO BUONOCORE.
- * 2 — *Ideas para una colaboración integral entre bibliotecas argentinas*, por el Sr. CARLOS VÍCTOR PENNA.
- 3 — *Bibliotecas Universitarias. Consideraciones relativas a su importancia y misión*, por ERNESTO G. GIETZ.
- 4 — *Investigaciones bibliográficas en institutos universitarios*, por AUGUSTO RAÚL CORTAZAR.
- 5 — *Experiencias recogidas en la traducción de la lista de encabezamientos de materia de Sears*, por el Sr. CARLOS VÍCTOR PENNA.
- 6 — *La selección de libros*, por JAVIER LASSO DE LA VEGA.
- 7 — *Bibliografías literarias y otros temas sobre el editor y el libro*, por el Dr. DOMINGO BUONOCORE. (2a. edición).

PUBLICACIONES ADMINISTRATIVAS:

- * — *Departamentos de extensión universitaria.*
- * — *Memorias del Instituto Social 1928-1932, 1933-1936, 1937-1940, 1941-1944 y 1945-1948.* Archivado.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
ESTA PUBLICACIÓN Nº 86 DE LA COLECCIÓN
"EXTENSIÓN UNIVERSITARIA", EDITADA
POR EL INSTITUTO SOCIAL, EN LA
IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL
EL DÍA 31 DE DICIEMBRE DE 1956
SANTA FE
REPÚBLICA ARGENTINA